

Jack London

El vagabundo de las estrellas



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *The Star Rover*
Traductora: Mari Luz Ponce Hernández

Primera edición: 2008
Tercera edición: 2015
Tercera reimpresión: 2023

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Juan Manuel Sanz

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© De la traducción: Mari Luz Ponce Hernández, 2008
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2008, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-9104-118-4
Depósito legal: M. 21.363-2015
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9	Capítulo 1
17	Capítulo 2
28	Capítulo 3
37	Capítulo 4
47	Capítulo 5
57	Capítulo 6
70	Capítulo 7
81	Capítulo 8
88	Capítulo 9
93	Capítulo 10
100	Capítulo 11
134	Capítulo 12
157	Capítulo 13
190	Capítulo 14
202	Capítulo 15
251	Capítulo 16
260	Capítulo 17
299	Capítulo 18
305	Capítulo 19
335	Capítulo 20
346	Capítulo 21
372	Capítulo 22

Capítulo 1

Toda mi vida he sido consciente de la existencia de otros tiempos y de otros lugares. He sido consciente de la existencia de otras personas en mi interior. Y créeme, mi querido lector, a ti también te ha sucedido. Rememora tu niñez y recordarás esta conciencia de la que hablo como una experiencia de tu infancia. Por aquel entonces no estabas todavía acabado, no te habías cristalizado. Eras plástico, un alma fluctuante, una conciencia y una identidad en proceso de formación, querido lector, de formación y olvido.

Has olvidado mucho, y aun así, al leer estas líneas, recuerdas vagamente las visiones confusas de otros tiempos y de otros lugares que tus ojos de niño contemplaron. Hoy te parecen sueños. Sin embargo, aunque fuesen sueños, y por tanto ya soñados, ¿de dónde surge su materia? Los sueños están grotescamente formados por una mezcla de las cosas que ya conocemos. La esencia de nuestros sueños más puros es la esencia de nuestra experiencia. Cuan-

do eras niño, no más que un niño de pecho, soñaste que caías de alturas prominentes; soñaste que volabas por el aire como vuelan los seres alados; te turbaron arañas repulsivas y criaturas babosas de innumerables patas; oíste otras voces; viste otras caras inquietantemente familiares, y contemplaste amaneceres y puestas de sol distintos a los que hoy, al mirar atrás, sabes que has contemplado.

Muy bien. Estas visiones infantiles son visiones de ensueño, de otra vida, cosas que nunca habías visto en la vida que ahora llevas. ¿De dónde surgen, pues? ¿De otras vidas? ¿De otros mundos? Quizás, cuando hayas leído todo lo que voy a escribir, encuentres respuesta a las incógnitas que te he planteado y que tú mismo, antes de llegar a leerme, te habías planteado también.

Wordsworth lo sabía. No era profeta ni vidente, sino un hombre normal y corriente como tú o como cualquier otro. Lo que él sabía, lo sabes tú y lo sabe cualquiera. Pero él lo expuso más acertadamente en aquel poema que comienza así: «Ni en la completa desnudez, ni en el olvido total...».

Sí, es cierto que los recuerdos de la casa-prisión se cierran sobre nosotros, recién nacidos, y que todo lo olvidamos con demasiada rapidez. Aun así, de recién nacidos sí que recordábamos aquellos otros tiempos y lugares. Nosotros, niños indefensos, en brazos de nuestras madres o arrastrándonos a cuatro patas por el suelo, soñábamos que volábamos por lo más alto. Sí, y soportábamos el tormento de aterradoras pesadillas de seres oscuros y monstruosos. Nosotros, niños recién nacidos sin ninguna experiencia, nacimos con el miedo, con el recuerdo del miedo; y *el recuerdo es la experiencia*.

En cuanto a mí, ya en los comienzos de mi vocabulario, a una edad tan tierna que todavía expresaba mediante ruidos el sueño o el hambre, sabía que había sido un vagabundo de las estrellas. Sí, yo, cuyos labios nunca habían articulado la palabra «rey», recordaba que una vez había sido el hijo de un rey. Más aún, recordaba que una vez había sido esclavo, e hijo de un esclavo, y que había sufrido el peso de una cadena de hierro al cuello.

Y todavía más. Cuando tenía tres años, y cuatro, y cinco, no era yo mismo todavía. Era solamente una transformación en curso, un flujo del espíritu todavía sin solidificarse en el molde de mi carne. Durante ese tiempo, todo lo que había sido en mis diez mil vidas anteriores luchó en mi interior y hostigó el flujo de mi espíritu, en un esfuerzo por incorporarse y convertirse en mi ser.

Estúpido, ¿verdad? Pero recuerda, lector, con quien espero viajar lejos a través del tiempo y del espacio, recuerda en todo momento que he meditado mucho al respecto; que a lo largo de insoportables noches, a través de una angustiada oscuridad que duró años y años, he estado a solas con mis múltiples identidades y he podido contemplarlas y examinarlas con detenimiento. He atravesado los infiernos de todo tipo de existencias para traerte las noticias que compartirás conmigo en la hora cómoda en que lees mis páginas impresas.

Pero volvamos a lo anterior. Decía que a los tres, cuatro o cinco años, yo no era quien soy todavía. Me encontraba aún en proceso de conversión, mientras tomaba forma en el molde de mi cuerpo, y la totalidad del poderoso e indestructible pasado se las arregló para determinar la mezcla que constituiría el destino de aquella evolución. No fue mi

voz la que gritó en la noche por temor a cosas de sobra conocidas, pero que yo, en verdad, no conocía ni podía conocer. Igual ocurría con mis pataletas de niño, con mis llantos y mis risas. Otras voces gritaban a través de mi voz, las voces de hombres y mujeres de otras épocas, de mis progenitores ocultos entre sombras. Y el gruñido de mi rabia se fundía con los gruñidos de bestias más antiguas que las montañas; y los dementes ecos de mi histeria infantil, con todo el rojo de su ira, se mezclaban con los gritos estúpidos e insensatos de bestias prehistóricas anteriores a Adán.

Y aquí se descubre el secreto. ¡La ira roja! Me ha aniquilado en ésta, mi vida presente. Por culpa de ella, dentro de unas semanas seré llevado desde esta celda hasta un lugar más elevado y de suelo inestable, coronado por una larga soga; y allí me colgarán del cuello hasta que fallezca. La ira roja me ha vencido en todas mis vidas, porque ella ha sido mi desgraciada y catastrófica herencia desde los tiempos del gran pantano, antes de que el mundo despertase.

Ya es hora de que me presente. Ni estoy loco ni soy un lunático. Quiero que lo sepas, para que así creas los hechos que pretendo narrarte. Soy Darrell Standing. Algunos de los que lean esto me reconocerán de inmediato. Pero para la mayoría, seguramente extraños, permitidme que exponga mi caso.

Hace ocho años yo era catedrático de Agronomía en la Facultad de Agricultura de la Universidad de California. Hace ocho años, el aletargado pueblo de Berkeley se conmocionó con el asesinato del catedrático Haskell en uno de los laboratorios del edificio de Mineralogía. Darrell Standing fue el asesino.

Yo soy Darrell Standing. Me encontraron con las manos aún manchadas. No voy a discutir sobre la justicia o la injusticia del asunto con el profesor Haskell. Fue una cuestión puramente privada. El caso es que, en un ataque de furia, y cegado por la misma ira roja que me ha maldecido a lo largo de todas las eras, asesiné a mi compañero. Las pruebas del tribunal demuestran que lo hice; y, por una vez, estoy conforme con el tribunal.

No, no me van a ahorcar por este crimen. Mi castigo por ello fue la condena a cadena perpetua. Por aquel entonces yo tenía treinta y seis años. Ahora tengo cuarenta y cuatro. He pasado estos ocho años en San Quintín, la cárcel estatal de California. Cinco de esos años los pasé en la oscuridad. «Aislamiento total», lo llaman. Los hombres que son capaces de soportarlo lo describen como la muerte en vida. Pero durante esos cinco años conseguí ser más libre de lo que la mayoría de los hombres han llegado jamás a ser. A pesar de ser el más incomunicado de todos los prisioneros, no sólo fui capaz de viajar más allá de los muros, sino también de vagar por el tiempo. Aquellos que me encerraron durante esos insignificantes años me obsequiaron, sin tan siquiera ser conscientes de ello, el esplendor de los siglos. La verdad es que, gracias a Ed Morrell, he vagado por las estrellas durante cinco años. Pero Ed Morrell es otra historia. Te hablaré de él un poco más adelante. Tengo tanto que decir que apenas sé por dónde empezar.

Bien, comencemos por lo básico. Nací en una pequeña región de Minnesota. Mi madre era hija de un inmigrante sueco. Se llamaba Hilda Tonnesson, y mi padre, Chauncey Standing, era de ascendencia americana. Uno de sus

antepasados fue Alfred Standing, un sirviente, o si lo prefieres un esclavo, que llegó desde Inglaterra hasta las plantaciones de Virginia hace ya mucho tiempo, mucho antes de que el joven Washington explorara los páramos desiertos de Pensilvania.

Uno de los hijos de Alfred Standing luchó en la Revolución; uno de sus nietos, en la Guerra de 1812. No ha habido desde entonces una guerra en la que no haya participado alguno de los Standing. Yo, el último de ellos, que moriré muy pronto y sin descendencia, luché como soldado raso en Filipinas, nuestra guerra más reciente, y para ello renuncié, en plena ascensión de mi carrera, a mi cátedra en la Universidad de Nebraska. ¡Santo cielo, cuando renuncié iba camino de convertirme en decano de la Facultad de Agricultura de aquella universidad, yo, el vagabundo de las estrellas, el ferviente aventurero, el Caín peregrino de los siglos, el sacerdote de los tiempos más remotos, el poeta de épocas olvidadas que sueña con la luna, y del que en la actualidad no queda constancia en la historia de los hombres!

Y aquí estoy, con las manos teñidas de sangre en la Galería de los Asesinos, en la cárcel estatal de Folsom, esperando el día decretado por la maquinaria del Estado para que sus esbirros me envíen lejos de aquí, a lo que ellos ingenuamente creen que es la oscuridad, la oscuridad que temen, la oscuridad que puebla sus fantasías de supersticiones y temores, la oscuridad que les conduce, balbucientes y quejumbrosos, ante los altares de dioses antropomórficos engendrados por el terror.

No, jamás seré decano de ninguna facultad de Agricultura. Y sabía mucho de este tema. Era mi profesión. Nací

para ello, me crié para ello, me eduqué para ello; y era todo un experto. Constituía mi especialidad, mi don. Puedo saber a simple vista qué vaca produce la leche con el mayor porcentaje de nata, y dejar que el test de Babcock verifique la exactitud de mis pronósticos. Con tan sólo echar un rápido vistazo a un paisaje, sin fijarme en las características de su suelo, soy capaz de enumerar las virtudes y deficiencias del terreno. No necesito papel tornasol para determinar si la tierra es ácida o alcalina. Repito, la buena administración de los campos, en términos científicos, era y sigue siendo mi don. Y aun así el Estado, que representa a todos sus ciudadanos, considera que puede acabar con todos mis conocimientos atándome una soga alrededor del cuello y colgándome. ¡Mi sabiduría se incubó a través de los siglos, se fraguó mucho antes de que los primeros rebaños nómadas pastaran en los campos labrados de Troya!

¿Maíz? ¿Quién conoce el maíz mejor que yo? Wistar es la mejor prueba de ello; allí incrementé la producción anual de maíz de cada condado de Iowa en medio millón de dólares. Esto es historia. Muchos de los cosecheros que hoy en día conducen su automóvil saben quién hizo posible la existencia de ese automóvil; muchachas de dulce pecho y chicos de mente brillante se inclinan sobre sus libros de texto en los institutos, pequeños sueños de obtener una educación superior que yo hice realidad, y todo ello gracias a mis estudios sobre el maíz en Wistar.

¿Y la gestión de una granja? Soy capaz de calibrar el gasto energético excesivo sin estudiar ninguno de sus registros, ni los de la granja ni los de la mano de obra, la distribución de los edificios o la distribución del trabajo.

Ahí están los cuadernos y los gráficos. Sin duda alguna, en este mismo instante cien mil granjeros se estarán estrujando los sesos delante de sus páginas antes de apagar sus pipas e irse a dormir. Sin embargo, yo no necesitaba gráficos ni cuadernos; con sólo mirar a un hombre era capaz de conocer su predisposición, su coordinación y la fracción del índice de todo gasto energético superfluo.

Llegado a este punto debo dar término al primer capítulo de mi narración. Son las nueve de la noche, y en la Galería de los Asesinos eso significa luces fuera. En este momento escucho el blando caminar de los zapatos de goma del guardia, que viene a reprendermme porque mi lámpara de aceite sigue todavía encendida. ¡Como si los vivos pudieran censurar a un condenado a muerte!

Capítulo 2

Soy Darrell Standing. Muy pronto me sacaran de aquí para ahorcarme. Entretanto, doy mi opinión y escribo en estas páginas sobre otros tiempos y lugares.

Tras conocer mi sentencia, vine a pasar el resto de mi «vida natural» a la prisión de San Quintín. Resulté ser un incorregible. Un incorregible es un ser humano horrible; al menos ésa es la connotación de dicho término en la psicología carcelaria. Me convertí en un incorregible porque detestaba el gasto energético. Aquella cárcel, como todas las cárceles, era un escándalo, una afrenta al ahorro de esfuerzo. Me destinaron a los telares de hilo, donde la descomunal pérdida de tiempo y energía no tardó en irritarme. Y era lógico que me irritase tanto, dado que el control y la eliminación del gasto energético superfluo eran mi especialidad. Tres mil años antes de que se inventase el vapor, y después los telares a vapor, yo ya me había podrido en prisión en la antigua Babilonia, y créeme, no miento cuando afirmo que en la Anti-

güedad nosotros, los esclavos, tejíamos en telares manuales con más eficacia que los presos en las salas de telares a vapor de San Quintín.

Aquel estúpido gasto energético era inaceptable, y por tanto me rebelé. Traté de enseñar a los guardias otros métodos mucho más eficaces. Como pago, fui amonestado, arrastrado al calabozo y privado de luz y de alimento. Al salir, intenté trabajar entre el caos y la total incompetencia de las salas de telares. Me rebelé de nuevo, volví una vez más al calabozo y esa vez me pusieron la camisa de fuerza, me colgaron de los pulgares y fui golpeado por unos guardias estúpidos, cuya inteligencia apenas alcanzaba para intuir que yo era diferente a ellos y no tan mentecato.

Durante dos años tuve que soportar aquella persecución estúpida. Es horrible para un hombre estar completamente atado y ser roído por las ratas. Porque aquellas bestias estúpidas, los guardias, eran ratas, me roían la inteligencia, roían los saludables nervios de mi espíritu y de mi conciencia. Y yo, que en el pasado había sido el más bravo luchador, en esta vida presente no conservaba ya nada de aquello. Yo era un granjero, un ingeniero agrónomo, un catedrático atado a su escritorio, un esclavo del laboratorio, interesado solamente en la tierra y en el aumento de su productividad.

Luché en Filipinas porque ésa era la tradición de los Standing. No tenía habilidad para la lucha, me resultaba demasiado ridículo introducir sustancias extrañas y nocivas en los cuerpos de aquellos pequeños hombres negros. Resultaba grotesco contemplar cómo la ciencia prostituía todo el poder de sus logros y el ingenio de sus inventores,

para introducir de manera violenta aquellas sustancias en los cuerpos de los habitantes de los pueblos negros.

Como decía, siguiendo la tradición de los Standing, fui a la guerra y descubrí mi total ineptitud para ella. Eso mismo descubrieron mis oficiales, que me hicieron auxiliar de intendencia; y como auxiliar, desde un escritorio, luché en la Guerra Hispanoamericana.

Por tanto, no fue por ser un luchador, sino por ser un pensador y porque me irritaba el gasto energético superfluo de las salas de telares por lo que fui mortificado una y otra vez por los guardias, hasta que lograron convertirme en un incorregible. Mi cerebro funcionaba, y fui castigado por ello. Así se lo dije al alcaide Atherton, cuando mi actitud de incorregible se había vuelto tan notoria que me arrastraron hasta su oficina y me tiraron sobre su alfombra; así le dije entonces:

—Sería absurdo suponer, querido alcaide, que esas ratas que usted tiene como centinelas puedan arrancar de mi cabeza algo tan obvio para cualquiera. La organización de esta cárcel es ridícula. Usted no es más que un político. Es posible que haya sido capaz de manejar a todos los responsables del entramado electoral de San Francisco para lograr un puesto como el que ahora ocupa; pero no sabe tejer yute. Sus telares están cincuenta años atrasados...

¿Para qué continuar con el sermón? Le demostré lo estúpido que era y, como resultado, él me tachó de incorregible incurable.

Ya lo dice el refrán, cría buena fama... Pues bien, el alcaide Atherton acabó justificando mi mala fama. Se lo puse muy fácil. Cargaron sobre mí las faltas de muchos

de los otros convictos y pagué por ellas en el calabozo, a pan y agua, colgado de los pulgares, de puntillas, durante largas horas, muchas de ellas más largas que cualquiera de las vidas que jamás he vivido.

Los hombres inteligentes son crueles. Los hombres estúpidos son monstruosamente crueles. Los guardias y los hombres que había a mi alrededor, desde Atherton hacia abajo, eran monstruos estúpidos. Presta atención y sabrás lo que me hicieron. Había un poeta en la cárcel, un recluso, un degenerado de mentón hundido y frente amplia. Era un auténtico impostor. Un cobarde desalmado. Un cerdo soplón. Una basura. Quizás parezca extraño que un catedrático de Agronomía emplee estas palabras, pero uno aprende muchas barbaridades cuando es condenado a pasar en la cárcel el resto de su vida.

El nombre de este poeta impostor era Cecil Winwood. Ya le habían condenado en varias ocasiones, y aun así, como era un perro cobarde y llorón, su última sentencia fue de tan sólo siete años. Sus méritos habían reducido considerablemente su condena. La mía era para toda la vida. Y sin embargo, este degenerado miserable, desesperado por ganar unos cuantos años de libertad, logró añadir una buena porción de eternidad a la mía.

Te contaré lo que ocurrió, aunque ni yo mismo logré entenderlo hasta más tarde. El tal Cecil Winwood, en un intento por conseguir los favores del capitán de patio de la prisión, y así los del alcaide, el gobernador de la cárcel, el consejo de dirección y el gobernador de California, organizó una fuga. Ahora fijémonos en tres cosas: en primer lugar, Cecil Winwood era tan odiado por sus compañeros que no le habrían permitido que apostara

ni una onza de tabaco Bull Durham en las carreras de chinchas, el pasatiempo preferido de los convictos; en segundo lugar, yo era el condenado que gozaba de la peor fama de todo el penal; y en tercer lugar, para su plan, Cecil Winwood necesitaba condenados de por vida como yo, con mala fama, desesperados e incorregibles.

Pero los condenados a cadena perpetua detestaban a Cecil Winwood, y cuando éste se les acercó con su plan de fuga, se rieron y se alejaron de él, pues sabían que no era más que un maldito soplón. Pero finalmente les engañó, logró embaucar a cuarenta de los más desalmados de la cárcel. Se les acercó una y otra vez. Les contó que, gracias a su trabajo como ordenanza, tenía cierta influencia en la oficina, lo que le facilitaba un acceso permanente a la enfermería.

—Demuéstralo —dijo Long Bill Hodge, un montañés condenado a cadena perpetua por el asalto a un tren, y que estaba obsesionado por escapar para asesinar al que fuera su compañero en el asalto, que le había acusado utilizando varias pruebas en su contra.

Cecil Winwood aceptó el reto. Aseguró que podía drogar a los guardias la noche de la fuga.

—Hablar es muy fácil —exclamó Long Bill Hodge—. Lo que queremos son hechos. Droga a uno de los guardias esta noche. Hoy estará Barnum. Es un auténtico cerdo. Ayer le dio una paliza al pobre Chink en los pasillos, y además estando fuera de servicio. Hoy le toca el turno de noche. Drógale y haz que pierda el trabajo. Si lo consigues, hablaremos contigo.

Long Bill me contó todo esto más tarde en el calabozo. Cecil Winwood se quejó de la urgencia con que le apre-

miaban, y pidió que le dejaran algo de tiempo para poder robar la droga de la enfermería. Se lo concedieron, y una semana más tarde anunció que estaba preparado. Cuarenta condenados a cadena perpetua esperaron a que el guardia Barnum cayera dormido durante su turno. Y Barnum se durmió. Le pillaron y al día siguiente fue despedido.

Por supuesto, aquello convenció a los presos. Pero todavía le quedaba por convencer al capitán de patio de la cárcel. Para ello, Cecil Winwood le ponía diariamente al tanto del progreso de la fuga, todo imaginado e inventado por él. El capitán de patio exigió pruebas y Winwood se las dio. Yo no me enteré de todos los detalles hasta un año más tarde, tal es la lentitud con que se filtran los secretos dentro del penal.

Winwood aseguraba que los cuarenta hombres de la fuga, que confiaban en él, contaban ya con tanto poder en la prisión que se disponían a introducir armas automáticas con la ayuda de los guardias a los que habían sobornado.

—Demuéstramelo —debió de exigirle el capitán de patio.

Y el poeta impostor se lo demostró. En la panadería, el trabajo nocturno era algo habitual. Uno de los presos, que era panadero, se encargaba del primer turno de noche. Era un soplón del capitán de patio, y Winwood lo sabía.

—Esta noche —le dijo al capitán—, Summerface pasará una docena de automáticas del 44. La próxima vez que salga traerá la munición. Pero esta noche me entregará las automáticas en la panadería. Allí dentro tiene usted un soplón. Mañana le pasará su informe.

Ahora bien, Summerface era uno de esos típicos guardias paletos, que procedía de la región de Humboldt. Era un memo ingenuo y de buen carácter, que tan sólo trataba de ganarse unos dólares traficando con tabaco entre los convictos. Aquella noche, a la vuelta de un viaje a San Francisco, trajo consigo siete kilos de excelente tabaco. Ya lo había hecho antes, y solía entregar la mercancía a Cecil Winwood. Así que aquella noche, ingenuamente, le entregó su carga en la panadería. Se trataba de un fardo pesado y sólido de inocente tabaco, bien envuelto en papel. El panadero soplón, oculto, vio cómo entregaba el paquete a Winwood, y a la mañana siguiente se lo comunicó al capitán de patio.

Pero entretanto, la imaginación desbocada del poeta impostor le jugó una mala pasada. Él fue el responsable de un estúpido error que me costó cinco años de encierro en la más absoluta soledad, en esta condenada celda desde la que ahora escribo. Y durante todo aquel tiempo no supe nada al respecto. Ni siquiera conocía del plan de fuga con el que había engatusado a los cuarenta condenados a cadena perpetua. No sabía nada, absolutamente nada. Y los demás sabían muy poco. Los presos ignoraban que se la estaban jugando. El capitán de patio ignoraba que también se la estaban jugando. Y Summerface era el más inocente de todos. En el peor de los casos, su conciencia le habría acusado únicamente de realizar contrabando con simple tabaco.

Pero volvamos al estúpido y melodramático descuido de Cecil Winwood. A la mañana siguiente, cuando se encontró con el capitán de patio, se sentía triunfante. Su imaginación era imparable.

–Muy bien, la mercancía entró tal y como dijiste –le felicitó el capitán de patio.

–Y hay suficiente como para hacer volar por los aires media prisión –añadió Winwood.

–¿Suficiente qué? –preguntó el capitán.

–Dinamita y detonadores –recitó el loco–. Diecisiete kilos. Su soplón vio cómo Summerface me lo entregaba.

El capitán de patio debió de sentirse al borde del infarto.

La verdad es que ahora le compadezco... ¡Diecisiete kilos de dinamita introducidos en la cárcel!

Dicen que el capitán Jamie –ése era su apodo– se sentó y estuvo un buen rato con la cabeza entre las manos.

–¿Dónde se encuentra? –gritó–. ¡La quiero! ¡Llévame hasta ella de inmediato!

Y justo entonces, Cecil Winwood cayó en la cuenta del error que había cometido.

–La enterré –mintió, y no tenía más remedio, porque hacía mucho tiempo que había distribuido entre los reclusos los pequeños paquetes de tabaco por los canales habituales.

–Muy bien –sentenció el capitán Jamie–. Llévame hasta allí ahora mismo.

Pero no había explosivos enterrados hasta los que pudiera llevarle. No existían, ni habían existido más que en la imaginación del desgraciado de Winwood.

En una prisión tan grande como San Quintín siempre hay lugares para esconder cosas. Y mientras Cecil Winwood guiaba al capitán Jamie tuvo tiempo de sobra para pensar algo.

Como declararían más tarde el capitán y el propio Winwood ante el Consejo de Dirección, de camino al supues-

to escondite el poeta aseguró que él y yo habíamos enterrado juntos la dinamita. ¡Y yo, recién liberado tras cinco días en el calabozo y ochenta horas dentro de la camisa de fuerza, yo, a quien incluso los estúpidos guardias veían que me encontraba demasiado débil como para trabajar en la sala de telares, yo, que había obtenido un día libre para recuperarme de un castigo demasiado terrible, fui acusado de haber escondido junto a él los diecisiete kilos de explosivo inexistente!

Winwood condujo al capitán Jamie hasta el supuesto escondite. Por supuesto, no encontraron ni rastro de la dinamita.

—¡Dios mío! —mintió Winwood—. ¡Standing me la ha jugado! ¡La ha desenterrado y la ha escondido en algún otro sitio!

El capitán de patio se entretuvo en soltar exclamaciones bastante más categóricas que aquel «¡Dios mío!». A continuación, sin pensarlo un instante, aunque con absoluta sangre fría, se llevó a Winwood a su oficina privada, cerró todas las puertas, y le propinó una formidable paliza. Todo salió a la luz ante el Consejo de Dirección. Pero eso fue más tarde. En aquel momento, incluso mientras recibía la paliza, Winwood juraba que todo lo que había contado era cierto.

¿Qué podía hacer el capitán Jamie? Estaba convencido de que había diecisiete kilos de dinamita ocultos en la cárcel y cuarenta condenados a cadena perpetua, desesperados, a punto de fugarse. Naturalmente, se encaró duramente con Summerface, y, aunque éste repitió una y otra vez que el paquete contenía tabaco, Winwood juraba que era dinamita, y el capitán no pudo más que creerlo.